



LAS MADRES DE UNA DOCENA de escritores famosos espulgadas por el ensayista alemán Eugen Sasa-Weiss parecen creer que solo un niño mártir puede convertirse en talento literario.

Ana Carlota Balazs miraba a sus hijos los domingos por la mañana durante rápidas visitas primero a casa de la nodriza y luego a los internados escolares. Una vez que pasó a Honorato de paseo lo perdió a mitad de camino. El chiquillo me devuelve a domicilio por la policía dos días más tarde. La señora ya había olvidado completamente.

La mamá de Lord Byron retaba al hijo por su cojera y sus aficiones poéticas. Dona Catalina, una viuda más que alegre, se vestía como payaso, se pintaba como mono y pasaba meses viajando o en casa del pueblo de turno.

Rainer Maria Rilke amó hasta viejo la madre sencilla que no tuvo. La suya componía versos malisimos y no era capaz de prepararle una mamadera a su guagua que desde la edad de los pañales albergó complejos de inferioridad abandonada.

Venido al mundo un 26 de diciembre, Henry Miller reprochaba hasta la fecha de nacimiento a su madre: él habría querido llegar al mundo junto con el Niño Jesús. Odió a su mamá en la misma medida que sintió que ésta lo odiaba a él. A los 7 años se negó a comer un pastel que la señora Miller le manifestó haber confeccionado para darle gusto. Temió que contuviera veneno, tan raro le pareció el gesto maternal.

Arthur Koestler vivió cubierto de plagas producidas por las palizas maternales. La curiosa señora erró a pirjantillas en la educación con mano de hierro.

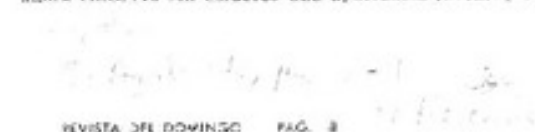
La lista de las arpias confeccionada por el escritor Skasa-Weiss suma y sigue en las páginas de "Los hombres célebres y sus madres", libro publicado en 1968 en Alemania y traducido en fecha reciente al inglés y al francés. Pero basta con estos botones de muestra. En nuestro medio los escritores chilenos parecen sentir en forma diferente respecto a sus madres. Ni los recuerdos de éstas ni las declaraciones de puño y letra de cuatro talentos literarios nacionales permiten suponerlos niños mártires.

EL NIÑO PIRATA

Cualquier cosa pensó Marilú Langlois de Ibáñez menos que iba a tener un hijo cura y escritor. Mucho menos que entre sus cuatro hombres (y tres mujeres) el mayor José Miguel sería el elegido para ambas especialidades, nunca antes dadas en la familia. Como buen primogénito, fue regado hasta que empezaron a llegar los demás hermanos. Entonces se crió "a pasto", igual que los otros. La expresión no resulta puramente figurada. Los siete Ibáñez Langlois pasaban los meses de verano en el campo del abuelo materno que juntaba a su alrededor a más de cuarenta nietos. El mejor para los puñetes y las palabras gruesas era José Miguel, quien como a los 10 años cambió su lenguaje de vequino chileno por el de pirata de Salgari, entonces su escritor favorito. Las poses a lo Sandokán resultaban divertidas a la madre, cuyo sentido del humor también abarca a los hijos. Por eso no se enoja cuando José Miguel dedica sus libros al padre abogado que entiende —dice ella— de versos y refinamientos literarios que a ella le resultan lejanos. —Desde chico José Miguel me miró al revés, como si hubiera sido el padre y yo hijo— confiesa Marilú que hasta ahora conserva sin esfuerzo una apariencia juvenil y un

mede atolondrado. Se niega a reconocer sus "Recuerdos del nene", "Recuerdos de mi primera comunión" o "Coma bien y viva contento" como libros propiamente tales, aunque los tres volúmenes escritos por ella suman cerca de 21 ediciones (Zig Zag agotadas). Tampoco le da importancia a su talento artesanal, gracias al cual brotan manteles pintados a mano, computeras o gallos de cerámica y ropas infantiles. Su casa es y fue siempre un armonioso desorden de pinturas, masilla, barro e infinidad de materiales dispares y dispersos entre los cuales ahora circulan hijos, niñas, cueros, versos, nietos y amistades de cada cual. De niño, José Miguel se las arreglaba para cerrar los ojos al bullido y leer o tocar la flauta y hacer sus tareas. No era mateo pero sacaba excelentes notas primero en el colegio y luego en la Escuela de Ingeniería.

Nunca que una noche, sentado al borde de nuestra cama, nos confesó a mi marido y a mí que sería sacerdote —recuerda Marilú de Ibáñez, ahora feliz con el hijo sacerdote-literato que a los 33 años demuestra firmeza y brillo en ambas vocaciones. En ninguna ella se siente participe y cree que lo único que supo dar al hijo fue un hogar alegre y normal. Resulta suficiente.



REVISTA DEL DOMINGO PÁG. 3

El niño pirata. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El niño pirata. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile